

Servidora y soberana,

LA MANO...

GÉRARD BAUËR *

*"Los artistas son los verdaderos testigos.
Ellos ven, en el aire y en la luz, el
alma del tiempo que pasa!"*

GÉRARD BAUËR
De la Academia Goncourt

AQUELLA que, cómplice de nuestros actos, la mano, es también nuestra servidora: está destinada en nuestro cuerpo a recibir sus órdenes y obedecerlas fielmente. No habría arte sin esta obediencia absoluta. Las relaciones del artista y de la mano son relaciones de amo a esclavo.

Del seno de Altamira al carnet de un pintor de nuestro tiempo, es decir desde las primeras manifestaciones plásticas hasta nuestros días, el arte del dibujo moviliza iguales potencias, responde a la misma voluntad, suscita la misma atención. La materia elegida en que se apoya la expresión, importa poco. Paredes de caverna, tablillas de palmera, papel según la fórmula de Ingres, sílex o punta de plata, tinta de China o mina de plomo, esta variedad

material depende de las circunstancias y de la elección. Lo que es permanente, esencial en la creación, es la fuerza interior que impulsa el acto, la atención que lo guía, el trazo que como la escritura, traduce el lenguaje y la personalidad: es la docilidad de la mano.

En su origen, el dibujo confundido a veces con la escritura, ha formado, como en Egipto, los signos mismos de la escritura. Los bisontes de Font de Gaume en Dordoña, el Reno Español, expresan una de las preocupaciones del hombre primitivo. En la caverna donde se refugia, concluidas sus tareas, largas horas de ocio lo predisponen a trazar, a la altura de su alien-

* Traducción de Rodolfo Zubrisky, profesor en la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata.

to, la imagen de los animales que caza, teme o sueña dominar. Su mano, tan a menudo y tan necesariamente armada, cava en la piedra la línea esencial, aquella que reproducirá la imagen reconocible del modelo. Acierto perfecto: el arte primitivo alcanza de inmediato esa serena simplicidad que tantos grandes artistas se han esforzado por alcanzar. Apacible como toda expresión reducida a lo indispensable, que en una palabra o en un trazo, une exactitud y estilo. En la noche de la caverna, la mano, habiendo cesado de movilizarse para la defensa o para la caza, descansa creando.

Esta comunión necesaria, en la mano, de esclavitud y soberanía, saldrá pronto de las tinieblas a la luz, para convertirse en la expresión acabada de un arte. Más que ninguno, sin duda, este arte exige una voluntad imperativa. Quién se coloca ante un modelo cuyos rasgos desea reproducir, debe olvidar todo aquello que no concurre a su designio, aún la misma emoción que pueda producirle su contemplación. El perfecto dominio de sí mismo y una gran serenidad son indispensables al artista que se esfuerza en reproducir, en sus contornos y en su volumen, lo visible, que él ha elegido para fijar en una imagen, apartándo-

lo de las variaciones de la luz o de la destrucción del tiempo. Paul Valéry en su admirable estudio sobre Degas ha expresado en dos frases esenciales esa exigencia del arte, la voluntad sostenida que requiere y la docilidad indispensable de la mano como ejecutora: "*Es preciso querer para ver, y esta visión buscada encuentra en el dibujo su fin y su medio a la vez*". Con más precisión aún, enuncia lo siguiente: "*Para liberar la mano en el sentido del ojo, es preciso quitarle su libertad en el sentido del músculo*". Los dos tiempos están así definidos y rigen toda la interpretación. Ellos otorgan al arte la doble disponibilidad de la visión y de la ejecución.

Esta paz interior, total, puede ser alcanzada a través de una contemplación tan detenida como la que presidió su creación. Es la recompensa ofrecida al curioso visitante en un taller de dibujo. Este placer, esta paz profunda, las debe el aficionado a las manos invisibles que aseguraron la creación cuya serenidad recibe. La mano del artista es, pues, un objeto de curiosidad y de gratitud. Esta es la razón, supongo, que ha promovido la presentación este año, en el catálogo de la exposición de "Los pintores testigos de su tiempo". *

* *Les peintres témoins de leur temps*. LE SPORT, París, 1957.

(N. de la D.: El comité de "Los pintores testigos de su tiempo" —presidido por Jean Cassou— propuso como tema de su sexto salón anual (1957) el del deporte, exponiendo en él un importante grupo de pintores y escultores. A su catálogo, publicado por *Musée Galliera*, pertenece el artículo de Gerard Bauër y los dibujos de "manos" que ilustran este número).